

EL DISLOQUE

Órgano de la desorganización social.

Número suelto 10 céntimos.

Año I.

Madrid 20 de Junio de 1899.

Núm. 3.



COSAS DE GOYA



Ayuntamiento de Madrid
El Pelele.

LIT. MENDEZ - ISABEL LA CATOLICA - 25-MADRID.

Paco el Enterrador

No vayan ustedes á creer que se trata de una nueva novela de ese Conde de Salazar que es tan conde como literato, ni de un nuevo drama de Illana, con ó sin Francos, ni de un cuadro de Iborra, que es el artista de los fúnebres títulos; no. Se trata de D. Francisco Silvela, del Presidente del Consejo de Ministros, hombre siniestro, cuya mala sombra es mil veces más funesta que su política.

En un trimestre que lleva de jefe del Gobierno ha sido teatro España de las tragedias más espantosas y de las catástrofes más horripilantes.

El mar se ha tragado infinidad de barcos, y no se tragó el aviso *Giralda* en que Gómez Imaz fué á visitar los arsenales, porque tuvo ocasión de ver en Cartagena la manera de tragar que tenía el ministro, y temió perder en la demanda.

El fuego ha destruido pueblos enteros; los ríos los han inundado; y en Madrid descargó una nube más devastadora que la de diputados provinciales y la de ediles, pues éstos, todavía, no se han metido con los cristales y, aquélla, no dejó ni uno.

De la etapa de Silvela son los crímenes más terroríficos, sin contar el que se trataba de realizar con Morayta, y que afortunadamente quedó en conato, y el que acaba de cometerse con los repatriados.

Cutillas, sembrando de muertos todo un barrio en pleno día; cayendo, en otro, las personas á docenas, envenenadas por un cántaro de leche; las casas de juego cerrando sus puertas con cadáveres por no haberlas sabido cerrar el gobernador con energía; robos y asesinatos en cada calle y á cada hora; palos en el mismo Congreso! Todo esto son páginas negras de tristísima actualidad, que patentizan la influencia de una política regeneradora.

Las huelgas han llegado al extremo de iniciarlas los cocheros, que siempre estaban en su punto.

Hasta ha aumentado el número de suicidios, como si la gente prefiriese morir á ser testigo de este desquiciamiento nacional.

Bien sabemos nosotros que el Sr. Silvela no es responsable, directamente, de tales horrores; pero la prolijidad con que se han desarrollado desde que está en el poder, demuestran al menos supersticioso y cabalista la *jeffatura*, la mala sombra que preside sus funciones.

Hay hombres de mal agüero, hombres cuya presencia es más fatídica que la de las estrellas de rabo, aunque sean una estrella sin él; y uno de esos hombres es el Sr. Silvela.

¿Queréis otra prueba?.. En los noventa días que lleva de presidente, á pesar de lo cual todavía no hemos podido *hacer efectiva* la letra de su programa, ni siquiera la música, y eso que ya ha trascurrido con creces el plazo (ahí está D. Lorenzo Domínguez, senador y silvelista, que dice lo propio). En esos noventa días, lapso brevísimo si se compara con el tiempo que gobernó y que piensa gobernar D. Práxedes, ha enterrado él sólo más personajes que Echegaray en todos sus dramas espeluznantes.

Sin hacer grandes prodigios de memoria, recordamos á Castelar, Martín Esteban (en la tumba todos son iguales), Carvajal, Bermúdez Reina, el Marqués de Villamejor, el ídem de Sotolongo, los generales Arolas y Correa, y el pintor escenógrafo Busato.

Este último no ha muerto, pero se ha ido de España para no volver jamás, sin duda porque la nueva decoración que exigía el drama nacional era superior á sus pinceles, y eso que las ha hecho hasta de los Infernos.

En fin; viene á Madrid una compañía italiana para actuar breve temporada, y ya se deja en el cementerio una de sus más aplaudidas actrices. ¡Es mucha *jeffatura* la de Silvela!...

No hizo más que proclamar las *Enseñanzas del Vaticano*, y el Papa, que llevaba Dios sabe cuantos años con una salud á prueba de bomba, estuvo muy grave y, desde entonces, ni él ni el mundo católico tienen un día tranquilo.

Hasta ha enterrado ya á un soberano: Félix Faure, el Presidente de la vecina República, murió á los pocos días de venir al poder Silvela.

Gamazo, que por poco no mata á D. Práxedes de un disgusto, acaba de estar á la muerte, y no las tiene aún todas consigo.

¡Oh qué Silvela más funesto!

No ya por su política, enterradora de todas las libertades, pues éstas dormían hace tiempo el sueño de los justos, y no ha hecho D. Francisco más que lo único que podía hacer: c.... en su sepulcro; no porque sus rancias doctrinas nos retrotraigan á los tiempos semibárbaros; no ya por altos principios de civilización y de progreso, sino por puro y egoísta instinto de conservación, debemos trabajar para que ese hombre abandone cuanto antes la poltrona.

Es un hombre siniestro; una especie de fiera *Corrupia* gubernamental.

Como siga algún tiempo más rigiendo nuestros destinos, no vamos á quedar ni grande ni chico para contarle.

¡Mejor están en Bombay!

227.148

No es el premio gordo del último sorteo; porque, como ustedes saben, la Lotería Nacional no llega á tanto, se queda, cuando más, en el número cincuenta mil; pero premios son, y de lotería se trata, ¡que no es mala *lotería* la de estos premios!

Es el número de cruces otorgadas en la última campaña al Ejército colonial. ¡Tan áspero calvario no podía tener menos cruces!...

Lo peor es que todas esas cruces llevan detrás su Cirineo, que, á fuerza de multiplicarse para acudir á todas, ya está dividido; y ese Cirineo es el país.

Cada una de ellas debe significar, *por lo menos*, un hecho heroico; de modo que 227.148 epopeyas, ó sean muchísimas menos de las que enaltecían la Historia de España desde los fenicios hasta un día antes del grito de Baire, no han bastado para obtener, si no un triunfo decisivo, una derrota decorosa.

Y si á los vencidos se les han otorgado este número portentoso de cruces, que excede en un triple al de billetes de la Lotería de Navidad, con ser la más grande, los vencedores deben ostentar á estas horas en sus pechos un millón de cruces como un millón de soles.

Esta es la proporción razonable.

Pero no ocurre tal; los Estados Unidos, sobre haberse quedado con todas nuestras colonias, sin necesidad de armar más que un ejército de unos cuantos miles de hombres, que bastó y sobró para expulsarnos de ellas, tendrán que satisfacer un número incomparablemente más pequeño de recompensas.

Es más; desde la guerra de Secesión hasta ahora, ó sea desde que se constituyó aquella República hasta ponerse en condiciones de ser la reina de las naciones industriales y comerciales, y la que, con Inglaterra, se disputa la hegemonía del mundo, no se ha repartido ese número de cruces al ejército norteamericano.

Aquí, á un Polavieja, por ofrecernos la ridícula *casi pacificación* de los tagalos, que hoy tienen en rehenes miles de prisioneros españoles, se le concede una cruz laureada de San Fernando con 40.000 reales; allí, un Oivson ó Jowson, ó como se escriba, que vuela el *Merry-Mac*, con gran exposición y singular arrojo, le aperciben con llevarle á un castillo por dejarse besar de las damas, lo cual es signo de virilidad.

Aquí á un Primo de Rivera, á quien un conde de las Almenas mete el resuello en el cuerpo, se le hace una suscripción de millones; allí á Dewey, que en una hora acaba con nuestro dominio en Manila, se le regala una casita modesta para que pase los últimos días de su vida, cuando sea viejo.

Pero hay otra diferencia mayor.

Cuando uno de los 227.148 condecorados españoles, cuente, ya anciano, en la cocina de su casa solariega (como se cuentan estas cosas) los detalles de aquella guerra, dirá: nos vencieron, pero me dieron esta cruz.

Y cuando los cuente uno de los no condecorados norteamericanos, dirá: no me dieron ninguna cruz, pero los vencimos.

Las cruces sólo sientan bien al que triunfa. Lo demás es llevar por fuera el símbolo de una amargura que debe ir por dentro.

EL CHICO DE LA PORTERA

Es tan enorme el prestigio que tiene el Sr. Silvela, tal el respeto que infunde, tal la autoridad que ostenta, que no ya sólo le envuelven, zahieren y vituperan todas las oposiciones y gran parte de la prensa, sino que, los mismos suyos le ponen de vuelta y media; y Pidal le llama apóstata y desertor Polavieja, mientras que la mayoría aplaude que se la pela. Y ha llegado á tal extremo de don Paco la impotencia, que Dato, que no es un lince, le trae, le coge y le lleva como si fuese un pelele, y ningún ministro cuenta con él para que sancione los proyectos que planea, siendo el primer sorprendido al verlos en la *Gaceta*. Diciendo que es de los suyos, el conde de las Almenas puso á don Paco en ridículo, atropelló su obediencia y demostró que él es más silvelista que Silvela, cumple mejor el programa y ensalza más la bandera. Hasta el mismo Catalina, que es una mosquita muerta

y viene á ser una especie de Teodoro (1) en la Academia, se le ha subido á las barbas y á poco más si le pega. En fin; un señor Domínguez, que es en Carmona una estrella, y aquí lo será también pues de que *alumbrada* muestras, en premio á haberle ofrecido una vicepresidencia, don Francisco, del Senado, y á que gastó en ofrecérsela mil reales en telegramas sin lograr que la quisiera, presentó contra el Mensaje nada menos que una enmienda; y con tan fausto motivo, le puso al señor Silvela sin ambages ni ardores como no dijera dueñas. En fin; que el pobre señor que ocupa la Presidencia del Consejo de Ministros es blando como la cera, y émulo de la llamada *dama de la media almendra*; y el día menos pensado puede que con él se atreva, como otros se han atrevido, el chico de su portera, y en vez de decirle, atento: *vaya con Dios su excelencia*, es posible que le diga: *que lo pases bien, Silvela*.

GALDÓS

Y LOS

Episodios nacionales.

Galdós es un enigma, se tapa, oculta cuidadosamente lo íntimo de su ser.

Es una especie de dios Jano de nuestra literatura.

El Galdós de *La Fontana de Oro*, de *Doña Perfecta*, de *La Familia de León Roch*, tiene cara de progresista, de liberal; aspecto de uno de aquellos hombres fuertes, ennegrecidos por el humo de la pólvora que se quemaba en vez de incienso en los altares de la libertad y de la democracia; ceño de luchador que pelea por el porvenir; el Galdós de *Nazarín*, de *Halma*, y de los *Episodios nacionales*, de la tercera serie, tiene cara de místico, aspecto de soñador enamorado de un evangelismo impropio de nuestro tiempo; aires de transigir con el pasado, y disculpar su barbarie.

Del Galdós socialista de *La de San Quintín*, que habla de un mundo que nace y de los albores de una idea de redención, al Galdós diputado fusionista y empleado de la Transatlántica, hay no pocas miserias humanas que obscurecen y manchan la más legítima gloria de la literatura española.

Galdós es un dios Jano. Ante una de sus caras, debemos inclinarnos con respeto y veneración; ante la otra, alzarnos severos como acusadores.

Nadie se atreve á erigirse en juez de Galdós, porque como Friné, hace enmudecer á la justicia por la belleza de su forma.

Pero hay que atreverse, aunque el valor pierda su mérito, por ocultarse tras el anónimo.

Cuando Galdós anunció su tercera serie de *Episodios nacionales*, los amantes del arte y de la libertad tuvieron un alegrón.

Falta hace, se dijeron, ahora que levanta la cabeza el carlismo, y la reacción se entroniza, que un artista narre los horrores de la guerra civil, los asesinatos de aquellos cabecillas trabucaires que fusilaban liberales en nombre de Dios, de la Patria y del Rey, como si de Dios y de la Patria se pudiese hacer bandera de bandillaje y exterminio; falta hace reanimar, con el recuerdo de aquellos viejos progresistas del morrión, los decaídos ánimos de esta generación enclenque y canija...

Y se esperó el primer *Episodio* como un acontecimiento literario, y ¡por qué no decirlo! político.

(1) Perdóneme Teodoro, el portero mayor del Ateneo, la comparación.

Galdós estaba obligado á condenar al carlismo, á hacerlo aborrecible y antipático, sin que para ello tuviese que disfrazar la verdad necesaria al arte.

Zumalacarregui, primer episodio de la serie, produjo un desencanto.

Se le elogió en público por consideración al maestro; pero en privado, en tertulias literarias y redacciones de periódicos, se dijo que el tomo se había escrito no pensando más que en un éxito de librería, en los ochavos de la venta.

Galdós quiso halagar á los partidarios del Pretendiente, hacerlos su público, y faltando á la honradez artística, no consultó, para componer su libro, más obra que la *Vida de Zumalacarregui*, de Zaratigui, carlista y compañero de armas del biografiado.

Invitamos á las personas imparciales á que comprueben nuestra afirmación, y verán que Galdós sigue paso á paso al historiador carlista, coincidiendo con él en juicios y apreciaciones acerca del carácter de Zumalacarregui.

Galdós no tuvo otra fuente de información.

¿Cómo no habían de estar satisfechos los carlistas, si Galdós veía á Zumalacarregui con los ojos de un correligionario, interesado en hacer simpática su figura?

Dejemos aparte á esos tipos secundarios de curas místicos, modelos de perfección y bondad, cuyas barbaries y matanzas se disculpan con psicologismos sutiles, para atenernos solamente á la poca verdad histórica y á la mal encubierta parcialidad de Galdós, que no ha querido indisponerse con los carlistas, porque al igual de los liberales, compran libros y contribuyen á agotar las ediciones.

¡Baste decir que en el último *Episodio* «La campaña del Maestrazgo, resulta simpático el tigre de Cabrera, y justificadas y disculpadas sus horribles crueldades, considerándolas como medidas políticas!

Galdós sigue siendo un dios Jano: una cara de editor, y otra de artista.

¿A cuál de esas caras pertenece el corazón?

El Senado y la Gramática

He aquí dos cosas que pugnan por verse juntas, como el día y la noche, como Romero y Silvela, y que lo demuestran siempre que hay ocasión, y con preferencia en los momentos solemnes.

Buena prueba de ello es el siguiente documento que la alta Cámara ha puesto en las augustas manos de S. M. como contestación al Mensaje, y en cuyo documento se ha negado á tomar parte la Gramática, no porque sea republicana, pues muy bien pudo hacer lo que Marenco, que es republicano, y va á ofrecer sus respetos á las instituciones, sino porque quiere guardar sus fueros por sí misma, sin contar con Polavieja. ¡Bueno está D. Camilo para Gramáticas!

He aquí lo más saliente del *precioso* documento, digno de ser llevado al Archivo de Simancas, donde doña Emilia Pardo Bazán creyó beber en el mismo vaso de Felipe II que comprara media hora antes del banquete un guasón en cierta cacharrería del Corrillo para darla la broma...

Y lo peor no es que ella lo creyera, sino que se lo quiso hacer creer también á sus lectores en una crónica que escribió narrando sus impresiones de viaje.

¡Aún están riendo la plancha de Doña Emilia en Valladolid!...

¡Las cosas que sintió al beber en aquel vaso! ¡Oía á Felipe III!...

Pero volvamos al documento, que maldito si huele á gramática:

«Bien es que la ocasión de abrir las Cortes, siempre solemne, y en la hora presente trascendental.»

Bien es que en la ocasión de abrir las Cortes...

¡Caracoles! En verso ¡qué principio!

¡Quién pudo sospechar que fuese el ripio uno de los políticos resortes...

«A este propósito, el Senado, inspirándose en amplio espíritu verdaderamente nacional, examinará las negociaciones entabladas para lograr la paz, atento á los medios de hacerla fecunda en beneficios y á la consideración de las circunstancias políticas y del precepto constitucional que pusieron á V. M. en el trance doloroso de ratificar el tratado con los Estados Unidos.»

¡Qué párrafo enrevesado!...

A no yacer enterrado

el eximio Castelar

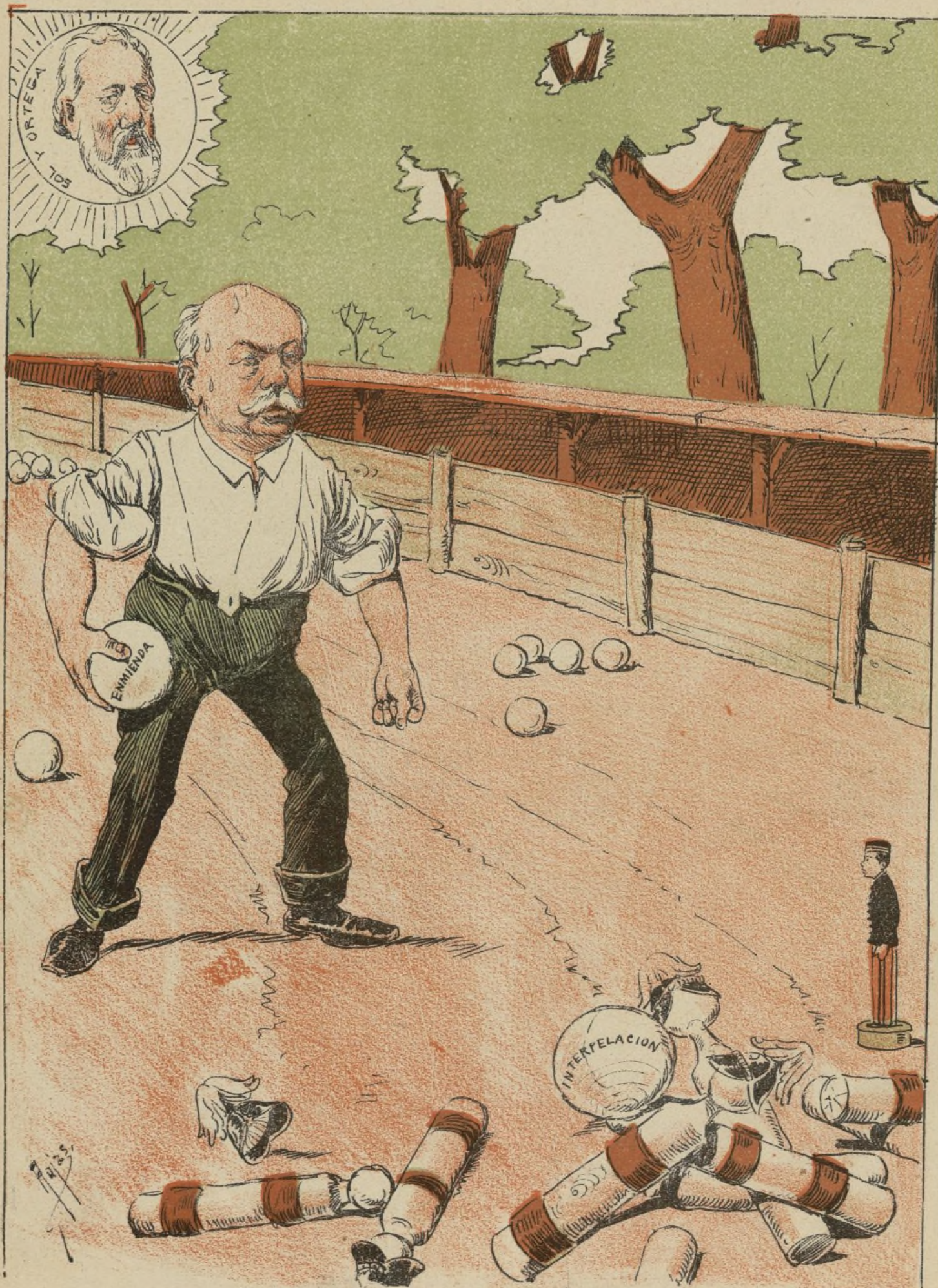
se podría sospechar

que él lo hubiera redactado.

«La colmada acerbidad del sacrificio no ha de ser causa para prevenir y torcer el dictamen que merezca al Senado el proyecto de cesión al imperio alemán de las islas Carolinas.»

EL JUEGO DE BOLOS

ELOQU



EL CONDE DE LAS ALMENAS.—Ese no hay quien lo tire.

Ayuntamiento de Madrid

CUESTIÓN PLATÓNICA



ELLA.—Juanito, he leído en *El Liberal* de esta mañana que os han quitado ocho mil fusiles, y que tenéis ochenta mil más. No te metas en líos que me vas á dar un disgusto.

MELLA.—¡Anda, que como no nos casemos hasta que venga D. Carlos!...

Ayuntamiento de Madrid

*¡La colmada acerbidad!
¡Jesús qué barbaridad
y que cosa más enfática.
Lo dicho, que la gramática
no entra en esta sociedad
reblandecida y reumática
de resultas de la edad.*

«Es, sin duda, motivo de satisfacción que facilita nuestros anhelos de bienhechora restauración la actitud amistosa de las potencias extranjeras.»

*Es sin duda motivo
de satisfacción,
que facilita
nuestros anhelos
de bienhechora
satisfacción.*

*¿Quién será el poeta
que hizo el documento?
¿Si será Beranger,
ó Borrell y Folch,
ó será Arrazola
ó el Marqués del Bosch;
si será Casa Galindo
con Fambrine, Balenchana
y Aguilar de Campóo?*

¡Oh!

«De esta suerte, normalizadas nuestras relaciones internacionales, y estándolo también las de los partidos mediante el acatamiento de las bases y leyes cardinales da nuestro régimen político.»

¿Leyes cardinales? Errata: tratándose de políticos, en lugar de leyes cardinales, debe decir puntos.

«Discreto es el intento de realizar á mediante recursos ordinarios y permanentes, cifrando buena parte de su efectividad y acrecentamiento en la equitativa generalidad de su exacción, y en las anunciadas reformas económicas, graves y delicadas.»

*Debe estar la cosa clara
igual que la luz del día,
así es como habla Ortí y Lara
cuando explica Ontología.*

«El Senado, fiel á su noble tradición de lealtad monárquica y acendrado patriotismo, concurrirá afanoso á la tarea legislativa que desde luego se le someta como ingreso de más radicales acuerdos.»

El Senado fiel, noble, leal, monárquico, patriota, afanoso; todo menos gramático, magister los académicos que en él figuran.

«Grandiosa labor es la de redimir á la nación española de sus actuales amarguras.»

Es grandiosa esa labor lo conteste un senador
pero es bastante mayor sin ofender al lenguaje,
que el discurso del Mensaje ya que no le dé esplendor.

Nada; que si no ha redactado este precioso documento Comelerán, no le ha debido faltar ni tanto así de la Viñaza.

Política de sacrificios.

Pidal, que había estado mucho tiempo sin decir esta boca es mía, tenía una espantosa indigestión de tropos, metáforas é imágenes; una indigestión de retórica barata, procedente de un saldo que ha hecho Labra por no tener distrito.

Le llegó el momento al señor Presidente del Congreso, y se desahogó de las apelonadas palabras, equivocando el conducto de salida.

¡Aquello no fué un discurso, fué un tratado de filocalia!

Es necesario, dijo el señor Presidente, que nos impongamos una política de sacrificios.

No nos parece mal; pero cuando en el Congreso se prepara alguna tremolina, el Sr. Pidal se llamará Andana, y en García Alix se las den todas.

¡Sacrificios! ¿Quién se ha de sacrificar? Suponemos que el contribuyente; porque los políticos, después de aquellas *impe- riosas vacaciones del estío...*

Lo que dirá el Santo Tomás de Oviedo: una cosa es predicar y otra el cacicato de Asturias.

Sacrificios; pero que no le toquen á un peatón de su distrito, ni una sola peseta de los seis mil duros de la nómina. Sacrificios; pero que no salga diputado Melquiades Alvarez. Sacrificios; pero que no trasladen al juez de Villaviciosa.

Sacrificios; pero Pidal se marcha á Mondariz á restablecer su salud cuando en el Congreso se trata de restablecer la de la patria.

Pidal, como todos los neos, es adorador de la cruz; pero no quiere llevarla acuestas.

La Política de sacrificios quiere decir, sin retórica, que los españoles vamos á soportar un tremendo calvario, á cuyo final seremos crucificados.

Pero si todos nos hemos de sacrificar, de las tres cruces del Calvario los contribuyentes ocuparán la de en medio; y los políticos las otras dos.

Sólo así se hará justicia.

ESCENAS POLANUEVISIMAS

ESCENA 1.000

Comedor de un modesto cuarto de una modesta casa, de una modesta calle; en un rincón juegan cinco chicos, el mayor de seis años, con un teatro de cartón; sentada en una mecedora, toda destrozada, la madre de aquellos cinco vástagos, joven y hermosa todavía, á pesar de tal fecundidad; da de mamar á otro de pecho; un asistente pone la mesa.

EL MARIDO. *(Acaba de llegar del cuartel, y ha dejado el casco sobre una silla, y el sable apoyado en el aparador.)* A ver; la comida inmediatamente. Y tú *(dirigiéndose á su esposa)* es necesario que prepares todo para marcharnos mañana mismo.

ELLA. Pero ¿qué ocurre? ¿Has tenido algún disgusto con el casero, con la portera, con algún vecino?

EL. Con el Ministro de la Guerra.

ELLA. ¡Ay, Dios mío! Y te ha mandado á un castillo... *(Llorando.)* Eso sólo nos faltaba.

EL. No, mujer; no me ha mandado todavía, pero me mandará; es decir, nos mandará...

ELLA. ¿A nosotros también?

UN NIÑO. ¡Yo quiero un castillo!

OTRO. Y yo.

OTRO. Y yo.

EL. A callar, ó vais á la cuadra con el caballo. He dicho que nos mandará, porque todos los oficiales estamos echando chispas con lo que ha hecho.

ELLA. ¿Nos ha rebajado el sueldo?

EL. Nos ha dejado sin él.

ELLA. *(Con espanto.)* ¿Qué dices!

EL. Te parece que con cuarenta y tantos duros tenemos para ir á Sevilla con seis chicos y mamá, y papá, y tu tía, y este bárbaro.

EL ASISTENTE. Mi teniente, ¿llamaba usted?

EL. Sí; vete al sastre, y dile que no me haga ya la guerrera.

ELLA. Pero, hombre, si tienes esa imposible.

EL. Si es que también nos cambian el uniforme.

ELLA. ¡Cambio de guarnición! ¡Cambio de uniformes! ¡Cam...!

EL. *(Dando un billete al asistente.)* Toma; que te cambien ese billete, y cuidado con que te den un duro falso como el otro día.

UN NIÑO. Papá; yo quiero un billete.

OTRO. Y yo.

OTRO. Y yo.

EL. Un billete ¿eh? ¡Pobrecillos! Me parece que el mes que viene vamos á comer todos rancho.

ELLA. ¿Y qué hacemos con los muebles?

EL. Pues decir á la portera que anuncie la subasta á los vecinos á ver si quieren cargar con ellos.

ELLA. Nos darán cuatro cuartos.

EL. Si te parece, se los mandaremos al Ministro de la Guerra para el salón de baile.

ELLA. Nosotros sí que bailamos. ¿Y la pobre mamá que está impedida?

EL. Esa no puede bailar.

ELLA. Si digo que cómo nos la llevamos.

EL. Pues facturada, mujer; facturada en doble pequeña...

ELLA. ¡Maldita sea ese Polavieja de los demonios! Ya le daría yo seis chicos.

EL. ¿Seis? ¡Con uno se contentaría él!

ELLA. Oye, ¿será barato Sevilla?

EL. Hija mía, ¿y á tí qué te importa, si no nos va á quedar ni una peseta para el cocido?

ELLA. ¿Cómo se conoce que el Ministro no tiene que cambiar de guarnición!

EL. No, hija; él ya dejó las guarniciones, y está al pelo.

ELLA. ¿Pero á qué vienen estos cambios?

EL. Pues por hacer algo, mujer, por hacer algo.

ELLA. Más valía que se tocara las narices.

LOS NIÑOS. *(Gritando),* que se las toque, que se las toque, que se las toque...

ELLA. Callaos, malditos, que os voy á meter en la carbonera...

EL. Déjalos, déjalos que se expansionen; puede ser que mañana los tengamos que meter en un asilo.

ELLA. Paciencia, hombre, paciencia; todo se andará...

EL. No; andando, no; el ministro ha sido magnánimo, y nos paga el tren.

ELLA. ¿Y á los chicos?

EL. A los chicos no; como el general no los tiene, no ha previsto que nosotros los pudiéramos tener.

ELLA. ¿Y qué hacemos con ellos?

EL. Mira; los dos pequeños, no pagan por la edad; el otro no paga porque va con los dos pequeños; el otro tampoco, porque va conmigo; el de pecho, porque va contigo, y el mayor... el mayor... el mayor no paga tampoco... porque no me da la gana.

ELLA. Es ya cosa de tomarlo á broma.

EL. Eso; vamos á tomarlo á broma. A ver, niños; aquí todos. (*Los chicos se levantan y le rodean.*) A cantar con papá eso del *dominé*, que cantáis vosotros.

LOS CHICOS. Olé, Olé.

EL. A la una, á las dos, á las tres (*cantando*).

El ministro de la Guerra.

LOS CHICOS. *Dominé.*

EL. *Nos ha mandado á Sevilla.*

LOS CHICOS. *Dominé.*

EL. *Así le manden á él.*

LOS CHICOS. *Dominé.*

EL. *Donde fué el Padre Padilla.*

TODO. *Que toma Camilo,*

toma Polavieja,

toma leche mala

y á ver si revientas.

Dominé.

TELÓN RÁPIDO.

Las lágrimas del rey moro ó el general arrepentido.

El general.—Me arrepiento de no haber sublevado al ejército antes de rendirme.

Uno.—¿Por qué no lo hiciste?

El general.—La disciplina... (*Risas*).

Otro.—Haberle pedido consejo á Martínez Campos, que se sublevó en Sagunto, ó á Pavía, que se sublevó el 3 de Enero.

Otro.—Espantero se sublevó en Mas, y Dulce y O'Donnell en Vicalvaro, y...

Varios generales.—Basta, basta...

El general.—La obediencia...

Polavieja.—¿Y los trajes de gala el día del entierro?

El general.—Me debí sublevar; pero me faltaron...

Desde las tribunas.—¡Acabáramos!

Uno.—Prometió S. S. salir de la isla ó muerto ó vencedor, y sólo salió arrepentido. Su despedida de Cuba se parece á la despedida del rey moro.

Una mujer desde las tribunas queriendo representar el papel de madre del rey Boabdil.—Hijo, llora... de alegría, porque si te sublevas menudo cisco armas.

Hijo, no hagas caso del conde de las Almenas, y escucha mis maternales consejos.

Si se han perdido las colonias, se han salvado los principios.

LO QUE PAGARÁ UN ESPAÑOL

CON ARREGLO Á LOS NUEVOS PRESUPUESTOS

Por ser cristiano: el bautizo.

Para entrar en la escuela municipal: la fe de bautismo.

Por la segunda enseñanza: ¡la mar!

Por una carrera, aun de las más cortas, lo incalculable.

Para no coger el chopo: unas mil quinientas del ala.

Para casarse.

Por el permiso para construir su vivienda.

Por la luz.

Por tener perro.

Por tener sueldo.

Para demostrar que es quien es (cédula).

Por viajar.

Por trabajar, sea en la forma que quiera.

Por no hacer nada, si vive de sus rentas.

Por vender.

Por comprar.

Por beber (alcoholes).

Por fumar (tabaco).

Por la sal.

Por heredar.

Por comer (consumos).

Por... (diez reales en la vía pública).

Se paga ¡hasta para morirse!

El que soporte esto, no será hombre, sino ubre para que unos cuantos zánganos de políticos le mamen.

Dislocaciones.

El domingo celebró su fiesta onomástica el que, por ser cardenal de Toledo, es primado de las Españas, cargo que está unido á la Sede.

El 29 del mes pasado se enterró al que sin ser cardenal de Toledo, era el primer patriota y el primer orador de España: á Castelar.

La música de la Academia de infantería fué á felicitar al primero, y no fué á enterrar al segundo.

Y luego dicen que hay bulas para difuntos...

Tomás Carretero, *chico* modernista, en el periódico de Gamazo convaleciente:

«El sol, el padre sol, doró los campos, dió vida á los insectos, á los pájaros del aire, á la brizna de hierba y al árbol que con su sombra presta alivio al que fecunda la tierra con el sudor de su frente, al pájaro que gorjea cantando la belleza de lo creado, y á la mariposa con alas pintadas de iris por sus rayos fúlgidos.»

El sol, el padre sol (*cosa tan nueva como Blasco, anciano redactor de «Vida idem»*) doró los campos (*—¿quién es? —El dorador*), dió vida á los insectos. (*Alusión á algunos personajes*) á los pájaros del aire. (*Para distinguirlos de los «pájaros de la tierra» vulgo «gamacistas»*) al árbol que, con su sombra presta alivio al que fecunda la tierra. (*Luego hay dos clases de árboles para el Sr. Carretero: unos que dan sombra, y otros que fecundan la tierra*). Al pájaro que gorjea. (*¡Pero este Carretero tiene la cabeza á pajaros!*) Y á la mariposa con alas pintadas de iris por sus rayos fúlgidos. (*Hasta ahora, después de los rayos de las tormentas, sólo conocíamos los rayos X; pero no los «rayos de mariposa»*).

Carretero, yo te quiero;
no escribas tan al descuido;
no vayas ¡oh Carretero!
á acreditar tu apellido.

El *Guerra* no torea en Madrid; con tan triste motivo llenan columnas y más columnas de los periódicos de gran circulación sus respectivos revisteros.

En cambio, á los prisioneros de Filipinas se les dedican sueltos de compromiso.

En esta bendita tierra
de manolas y chisperos
con tal de que mate el *Guerra*,
¿qué importan los prisioneros?

El Presidente del Consejo de Ministros ha puesto á la firma un proyecto de ley reduciendo al 5 por 100 el tipo del interés legal del dinero.

Se exceptúan de esta ley (el proyecto no lo dice) los tenedores de Cubas, tabacos, etc.

Muchos militares han rogado, por conducto de la prensa, al señor Polavieja, que anuncie con anticipación la fecha en que se ha de publicar el decreto cambiando los uniformes de los cuerpos de Ejército.

Mejor es que el general
les haga el favor completo,
dejando el traje actual
y abandonando el decreto
que no evita ningún mal.

El Disloque iba á ocuparse luengamente de los presupuestos; para ello teníamos proyectado encargar un artículo al Sr. García Moreno, otro al Sr. García Gómez, y otro á cualquier otro García.

¡Como que se trataba de unos presupuestos de regeneración!

Pero hemos visto que se conserva íntegro el capítulo de gastos, y hemos desistido de nuestro proyecto.

Hacer economías en una casa sin suprimir aunque sólo sea el chocolate del loro, es imposible, y para demostrarlo, no hacen falta artículos de ningún García.

EL DISLOQUE

SEMANARIO SATÍRICO ILUSTRADO

Administración: JARDINES, 16.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid, trimestre.....	1,50 pesetas.
Idem semestre.....	3 »
Idem año.....	5 »
Provincias, semestre.....	4 »
Idem año.....	7,50 »
Unión postal, año.....	12 »
En los demás países.....	15 »

NUMERO SUELTO, 10 céntimos.

25 ejemplares, 1,50 pesetas.

Imprenta y Fotograbado de Enrique Rojas, Pizarro, 16.

La cuestión de los repatriados.

Frase popular.



Ayuntamiento de Madrid

La solución evaluará en día de estos